

¿No los ves?» dijo; y empezó á morder la silla y á dar vueltas alrededor y gemir; «vélos, que sin piedad van midiendo á descompasadas culpas eternas penas. ¡Ay qué terrible demonio eres, memoria del bien que pude hacer, y de los consejos que desprecié y de los males que hice! ¡Qué representación tan continual! Déjame tú, y sale el entendimiento con imaginaciones de que hay gloria que pude gozar, y que otros gozan á menos costa que yo mis penas! ¡Oh, que hermoso que pintas el cielo, entendimiento, para acabarme! Déjame un poco siquiera. ¿Es posible que mi voluntad no ha de tener paz conmigo un punto? ¡Ay, huésped, y qué tres llamas invisibles, y qué sayones incorpóreos me atormentan en las tres potencias del alma! Y cuando estos se cansan, entra el gusano de la conciencia, cuya hambre en comer del alma nunca se acaba: vesme aquí miserable y perpetuo alimento de sus dientes.» Y diciendo ésto, salió ¹ la voz: «¿Hay en todo este desesperado palacio quien trueque sus almas y sus verdugos á ² mis penas? Así, mortal, pagan los que supieron en el mundo, tuvieron letras y discurso, y fueron discretos: ellos se son infierno y martirio de sí mismos.» Tornó amortecido á su ejercicio con más muestras de dolor. Apartéme de él medroso, diciendo: ¡Ved de lo que sirve caudal de razón y doctrina y buen entendimiento mal aprove-

¹ Parece equivaler á «esforzó la voz» por más que parece raro este sentido transitivo de *salir*.

² Cosa que se puede trocar *con* otra (Nebrija). Trocar una cosa *por* otra (Covarrubias).

chado! ¡Quién se lo vió ¹ llorar sólo, y tenía dentro de su alma aposentado el infierno!

VISITA DE LOS CHISTES

En este *Sueño* el autor ve en el Infierno á varios personajes que se nombran en frases hechas. Entrevista con Don Enrique de Villena.

Descubrióse una grandísima redoma de vidrio, dijéronme que llegase, y ví jigote, que se bullía ² en un ardor terrible, y andaba danzando por todo el garrafón, y poco á poco se fueron juntando unos pedazos de carne y unas tajadas, y éstas se fué componiendo un brazo, un muslo y una pierna, y al fin se coció y enderezó ³ un hombre entero. De todo lo que había visto y pasado me olvidé, y esta visión me dejó tan fuera de mí, que no me diferenciaba de los muertos. ¡Jesús mil veces! dije, ¿qué hombre es éste, nacido en guisado, hijo de una redoma? En esto oí una voz que salía de la vasija, y dijo: «¿Qué año es éste?» — «De seiscientos y veinte y dos», respondí. — «Este año esperaba yo.» — «¿Quién eres, dije, que, parido de una redoma, hablas y vives?» — «¿No me conoces? dijo; la redoma y las tajadas ¿no te advierten que soy aquel

¹ El *se* es un reflexivo impropio, en dativo, que se usa con ciertos transitivos para realzar la parte que el sujeto toma en la acción, como: *no sé lo que me digo*.

² *Bullir* en el sentido de moverse, tiene uso reflexivo. Santa Teresa dice: *no osa bullirse ni menearse*.

³ Usado en el sentido anticuado de *aderezar* ó guisar las viandas.

famoso nigromántico de Europa? ¹ ¿No has oído decir que me hice tajadas dentro de una redoma para ser inmortal? — «Toda mi vida lo he oído decir, le respondí; mas túvelo por conversación de la cuna y cuento de entre dijes y babador. ¿Qué tú eres? Yo confieso que lo más que llegué á sospechar fué que eras algún alquimista que penabas en esa redoma, ó algún boticario; todos mis temores doy por bien empleados por haberte visto.» — «Sábetelo, dijo, que mi nombre no fué del título que me da la ignorancia ², aunque tuve muchos; sólo te digo que estudié y escribí muchos libros, y los míos quemaron, no sin dolor de los doctos.» — «Sí me acuerdo, dije yo: oído he decir que estás enterrado en un convento de religiosos; mas hoy me he desengañado.» — «Ya que has venido aquí, dijo, desatapa esa redoma.» Yo empecé á hacer fuerza y á desmoronar tierra con que estaba enlodado el vidrio de que era hecha, y díjome: «espera; dime

¹ Don Enrique de Villena fué nieto del Marqués de Villena, primer condestable de Castilla y después Duque de Gandía, hijo del Infante Don Pedro de Aragón. Tuvo Don Enrique por madre á Doña Juana, hija bastarda del Rey Don Enrique II; y fatigó más en las ciencias que en las armas, afición natural que en vano contrariaron sus padres queriéndole más caballero que letrado. La ignorancia, legislador universal, le trató con desdén; la envidia extendió que el Marqués supo mucho en el cielo y poco en la tierra; la malicia le disfamó con el vulgo y con todas las generaciones: le dió los nombres de estrellero y nigromante, haciendo aprender al vulgo que el Marqués dispuso que le picasen y convirtiesen en jigote y le encerrasen en una redoma para volver á segunda vida. Fué historiador y poeta, y murió en Madrid de cincuenta años á 15 de Diciembre de 1434. Depositaron su cuerpo en el convento de San Francisco. (FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN, *Generaciones y semblanzas*, cap. XXVIII.)

² Alude á la errada denominación de Marqués de Villena que vulgarmente se aplica á Don Enrique. Un manuscrito de este *Sueño* tiene esta variante: «Sabe, dijo, que no fuí Marqués de Villena, que ese título me da la ignorancia: llamáronme Don Enrique de Villena, fui Infante de Castilla; estudié y escribí, etc.»

primero: ¿hay mucho dinero en España? ¿En qué opinión está el dinero? ¿Qué fuerza alcanza? ¿Qué crédito? ¿Qué valor? Respondíle: «No han descaecido las flotas de las Indias, aunque los extranjeros han echado unas sanguijuelas desde España al cerro del Potosí, con que se van restañando las venas, y á chupones se empezaron á secar las minas.» — «¿Ginoveses andan á la zacapela con el dinero? dijo él; vuélvome jigote. Hijo mío, los ginoveses son lamparones del dinero, enfermedad que procede de tratar con gatos ¹. Y vése que son lamparones, porque sólo el dinero que va á Francia ² no admite ginoveses en su comercio. ¿Salir tenía yo ³ andando esos usagres de bolsas por las calles? No digo yo hecho jigote en redoma, sino hecho polvos en salvadera quiero estar antes que verlos hechos dueños de todo.» — «Señor nigromántico, repliqué yo, aunque esto es así, han dado en adolecer de caballeros en teniendo caudal, úntanse de señores, y enferman de príncipes; y con ésto y los gastos y empréstitos ⁴ se apolilla la mercancia y se viene todo á repartir en deudas y locuras. La verdad adelgaza y no quiebra: en esto se conoce que los ginoveses no son verdad, porque adelgazan y quiebran.» — «Animádome has, dijo, con eso. Dispondréme á salir desta vasija, como primero me digas en qué estado está la

¹ Quevedo usa mucho la voz *gato* en su acepción de ladrón, ratero.

² Aclara este pasaje la variante que ofrece un manuscrito: «sólo el dinero que va á Francia sana de esos lamparones, porque el Rey de Francia no admite ginoveses.» A los reyes de Francia les atribuía el pueblo la milagrosa virtud de curar los lamparones ó escrófulas.

³ Esto es: ¿había de salir yo? Los verbos *haber* y *tener* alternan en su uso de auxiliares, pero aquí es de notar la ausencia de la preposición *de*.

⁴ Anticuado, por *empréstito*.

honra en el mundo.» — «Mucho hay que decir en ésto, le respondí yo; tocado has una tecla del diablo: todos tienen honra, y todos son honrados, y todos lo hacen todo caso de honra. Hay honra en todos estados, y la honra se está cayendo de su estado, y parece que está ya siete estados debajo de tierra. Si hurtan, dicen que por conservar esta negra de honra, y que quieren más hurtar que pedir. Si piden, dicen que por conservar esta negra honra, y que es mejor pedir que no hurtar. Si levantan un testimonio, si matan á uno, lo mismo dicen; que un hombre honrado antes se ha de dejar morir entre dos paredes que sujetarse á nadie, y todo lo hacen al revés. Y al fin en el mundo todos han dado en la cuenta, y llaman honra á la comodidad; y con presumir de honrados y no serlo, se rien del mundo.» — «El diablo puede salir á vivir en ese mundecillo, dijo él. Consideróme yo á los hombres con unas honras títeres que chillan, bullen y saltan; que parecen honras, y mirado bien son andrajos y palillos. ¿El no decir verdad será mérito? ¿El embuste y la trapaza caballería? ¿Y la insolencia donaire? Honrados eran los españoles cuando podían decir deshonestos y borrachos á los extranjeros; mas andan diciendo aquí malas lenguas que ya en España ni el vino se queja de mal bebido ni los hombres mueren de sed. En mi tiempo no sabía el vino por dónde subía á las cabezas, y ahora parece que se sube hacia arriba..... Dime, ¿hay letrados?» — «Hay plaga de letrados, dije yo; no hay otra cosa sino letrados; porque unos lo son por oficio, otros

lo son por presunción, otros por estudio, y éstos pocos; y otros (éstos son los más) son letrados porque tratan con otros más ignorantes que ellos (en esta materia hablaré como apasionado), y todos se gradúan de doctores y bachilleres, licenciados y maestros, más por los mentecatos con quien tratan que por las universidades; y valiera más á España langosta perpetua que licenciados al quitar.» — «Por ninguna cosa saldré de aquí, dijo el nigromántico. ¿Eso pasa? Ya yo los temía, y por las estrellas alcancé esa desventura; y por no ver los tiempos que han pasado embutidos de letrados me avviciné en esta redoma, y por no los ver me quedaré hecho pastel en bote.» Repliqué: «en los tiempos pasados, que la justicia estaba más sana, tenía menos doctores, y hála sucedido lo que á los enfermos, que cuantas más juntas de doctores se hacen sobre él, más peligro muestra y peor le va, sana menos y gasta más.» La justicia, por lo que tiene de verdad, andaba desnuda; ahora anda empapelada como especias. Un Fuero Juzgo con su *magüer* y su *cuemo*, y *conusco* y *faciamus* era todas las librerías; y aunque son voces antiguas, suenan con mayor propiedad, pues llaman sayón al alguacil, y otras cosas semejantes. Ahora ha entrado una cáfila de Menoquios, Surdos y Fabros, Farinacios y Cujacios, consejos y decisiones y responsiones y lecciones y meditaciones; y cada día salen autores, y cada uno con tres volúmenes: *Doctoris Putei*, I. 6, volúmenes 1, 2, 3, 4, 5, 6 hasta 15. *Licenciati Abbatis de Usuris*, *Petri Cusqui in Codicem, Rupis, Brutiparcin*,

Castani, Montocanense de Adulterio et Parricidio, Cornazano, Rocabruno, etc. Los letrados todos tienen un cimiterio por librería, y por ostentación andan diciendo: tengo tantos cuerpos; y es cosa brava que las librerías de los letrados todas son cuerpos sin alma, quizá por imitar á sus amos. No hay cosa en que no nos dejen tener razón; sólo lo que no dejan tener á las partes es el dinero, que le quieren ellos para sí. Y los pleitos no son sobre si lo que deben á uno se lo han de pagar á él; que eso no tiene necesidad de preguntas y respuestas: los pleitos son sobre que el dinero sea de letrados y del procurador, sin justicia, y la justicia sin dinero, de las partes. ¿Quereis ver que tan malos son los letrados? Que si no hubiera letrados, no hubiera porfías; y si no hubiera porfías, no hubiera pleitos; y si no hubiera pleitos, no hubiera procuradores; y si no hubiera procuradores, no hubiera enredos; y si no hubiera enredos, no hubiera delitos; y si no hubiera delitos, no hubiera alguaciles; y si no hubiera alguaciles, no hubiera cárcel; y si no hubiera cárcel, no hubiera jueces; y si no hubiera jueces, no hubiera pasión; y si no hubiera pasión, no hubiera cohecho. Mirad la retahila de infernales sabandijas que se produce de un licenciadito, lo que disimula una barbaza ¹ y lo que autoriza una gorra.

¹ Parece que toma la barba como característica de los letrados: en esto debe fundarse el refrán: *callen barbas y hablen cartas*. De la gorra dice Covarrubias: «Llamaron medias gorras aquéllas cuya faldilla caía derecha la mitad, y cubría el pestorejo, y las orejas, y con una toquilla que formaba una rosa en medio de la coronilla y ésta era cobertura de letrados y consejeros de los Reyes. Esto está ya mudado, porque empezaron á levantar un pedazo de la copa de la gorra, ... luego la empinaron toda, de suerte que della al sombrero hay poca diferencia.»

Llegareis á pedir un parecer, y os dirán: Negocio es de estudio; diga vuesa merced, que ya estoy al cabo; habla la ley en propios términos.—Toman un quintal de libros, dánle dos bofetadas hacia arriba y hacia abajo, y leen de prisa, arremedando un abejón, luego dan un gran golpe con el libro patas arriba sobre una mesa, muy esparrancado de capítulos, y dicen: En el propio caso habla el jurisconsulto. Vuesa merced me deje los papeles; que me quiero poner bien en el hecho del negocio, y téngalo por más que bueno, y vuélvase por acá mañana en la noche; porque estoy escribiendo sobre la tenuta de Trasbarras; mas, por servir á vuesa merced, lo dejaré todo. Y cuando al despediros le quereis pagar (que es para ellos la verdadera luz y entendimiento del negocio que han de resolver), dice, haciendo grandes cortesías y acompañamientos: ¡Jesús, señor! Y entre Jesús y señor, alarga la mano, y para gastos de pareceres se emboca un doblón.»—«No he de salir de aquí (dijo el nigromántico) hasta que los pleitos se determinen á garrotazos; que en el tiempo que por falta de letrados se determinaban las causas á cuchilladas, decían que el palo era alcalde ¹, y de ahí vino: *Fúzguelo el alcalde de palo*. Y si he de salir ha de ser sólo á dar arbitrio á los reyes del mundo, que quien quisiere estar en paz y rico, que pague los letrados á su enemigo para que lo embelequen y roben y consuman. Dime, ¿hay todavía Venecia en el mundo?»—«Sí la hay, dije yo; no hay otra cosa sino Venecia y venecianos.»—«¡Oh!

¹ En el sentido anticuado de Juez.

dóila al diablo (dijo el nigromántico) por vengarme del mismo diablo, que no sé que pueda darla á nadie sino por hacerle mal. Es república esa, que mientras que no tuviere conciencia durará, porque si restituye lo ajeno no le queda nada. ¡Linda gente! la ciudad fundadã en el agua, el tesoro y la libertad en el aire, la deshonestidad en el fuego; y al fin es gente de quien huyó la tierra ¹, y son narices de las naciones y el albañal de las monarquías, por donde purgan las inmundicias de la paz y de la guerra; y el turco los permite por hacer mal á los cristianos, los cristianos por hacer mal á los turcos, y ellos, por poder hacer mal á unos y á otros, no son moros ni cristianos, y así dijo uno dellos mismos en una ocasión de guerra, para animar á los suyos contra los cristianos. Ea, que antes fuisteis venecianos que cristianos. Dejemos eso, y dime, «¿hay muchos golosos de valimientos de los hombres del mundo?»—«Enfermedad es (dije yo) esa de que todos los reinos son hospitales.» Y él replicó: «antes casas de Orates entendí yo; mas según la relación que me haces, no me he de mover de aquí. Mas quiero que tú les digas á esas bestias que en albarda tienen la vanidad y ambición, que los reyes y príncipes son azogue en todo. Lo primero, el azogue, si le quieren apretar, se va; así sucede á los que quieren tomarse con los reyes más mano ² de lo que es razón. El azogue no tiene quietud; así son los ánimos por la continua marea de negocios. Los que

¹ Alude á la fundación de Venecia.

² Tener mano con uno, tener poder y valimiento con él.

tratan y andan con el azogue, todos andan temblando; así han de hacer los que tratan con los reyes, temblar delante dellos de respeto y temor, porque si no, es fuerza que tiemblen después hasta que caigan. ¿Quién reina ahora en España, que es la postrera curiosidad que he de saber; que me quiero volver á jigote, que me hallo mejor?» «Murió Filipo III, dije yo.—Fué santo rey y de virtud incomparable (dijo el nigromántico), según leí yo en las estrellas pronosticado.»—«Reina Filipo IV días há, dije yo.»—«¿Eso pasa? (dijo). ¿Qué ya ha dado el tercero, cuarto para la hora que yo esperaba?» Y diciendo y haciendo subió por la redoma, y la trastornó y salió fuera. Iba diciendo y corriendo: «Más justicia se ha de hacer ahora por un cuarto que en otros tiempos por doce millones.»

Yo quise partir tras él, cuando me asió del brazo un muerto, y dijo: «Déjale ir; que nos tenía con cuidado á todos; y cuando vayas al otro mundo dí que Agrages estuvo contigo, y que se queja que le levanteis: *ahora lo veredes* ¹. Yo soy Agrages: mira bien que no he dicho tal; que á mí no se me da nada que ahora ni nunca lo veais; y siempre andais diciendo: *Ahora lo veredes, dijo Agrages*. Solo ahora que á tí y al de la redoma os oí decir que reinaba Filipo IV, digo que ahora lo veredes. Y pues soy Agrages, *ahora lo veredes, dijo Agrages*.»

¹ Agrages, sobrino de la Reina Elisena, madre de Amadis de Gaula é hijo del Rey Languines, es uno de los héroes del famoso libro de *Amadis*, cuya lectura muy común entre próceres é hidalgos en los siglos xv y xvi, llevó al público el adagio en fórmula de amenaza que se ridiculiza en este lugar.

VIDA DEL BUSCÓN LLAMADO DON PABLOS

EJEMPLO DE VAGAMUNDOS Y ESPEJO DE TACAÑOS.

El buscón cuenta cómo estuvo en pupilaje con un compañero suyo de escuela, hijo de un noble segoviano.

Determinó, pues, Don Alonso de poner á su hijo en pupilaje: lo uno por apartarle de su regalo, y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que había en Segovia un licenciado Cabra ¹, que tenía por oficio de criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo, y á mí para que le acompañase y sirviese. Entramos primer domingo después de Cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal laceria no admite encarecimiento. Él era un clérigo cerbatana, largo solo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay más que decir para quien sabe el refrán que dice: ni gato ni perro de aquella color. Los ojos avecinados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos; tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz entre Roma y Francia; las bar-

¹ No es un personaje fantástico: existió realmente. Llamábase Don Antonio Cabreriza. Así aparece de carta de Adán de la Parra á Quevedo, escrita en 1639: «Amigo Don Francisco; ya me tenéis en Segovia, patria de vuestro Buscón y del frío; pues le hace tal, que se me helaron las palabras al saludar á Doña Lorenza, á pesar del fuego con que me arrimé á ella. Decirte, Busconcillo, cuánto me reí al visitar al dómine Cabreriza, sería largo; porque recordando tu Buscón no pude hablar de risa á Don Antonio en mucho tiempo. Bien le retrataste; pero ahora es infiel vuestra pintura por estar el pobrete mucho peor y tan vecino á la muerte, que da lástima. No puede llevar en calma tu nombre desde le dijeron que él era el dómine de tu historia; y me dijo que fueras más caballero sin ser ingrato. Ya el pobre Cabreriza ni tiene discípulos ni dice misa; es un esqueleto que se mantiene con los ahorros de sus buenos tiempos.»

bas descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba comérselas; los dientes le faltaban no sé cuantos, y pienso que por holgazanos y vagamundos se los habían desterrado; el gizonte largo como avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba á buscar de comer, forzada de la necesidad; los brazos secos; las manos como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de medio abajo, parecía tenedor, ó compás con dos piernas largas y flacas; su andar muy de espacio; si se descomponía algo, se sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro ¹; la habla ética; la barba grande, por nunca se la cortar ², por no gastar; y él decía que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras, y guarniciones de grasa; era de cosa que fué paño, con los fondos de caspa. La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra, y desde lejos entre azul; llevábala sin ciñidor; no traía cuello ni puños; parecía, con los cabellos largos y la sotana mísera y corta, lacayuelo ³ de la muerte. Cada zapato podía

¹ Los lazarinós, que padecían la lepra llamada mal de San Lázaro, pedían limosna haciendo ruido con unas tablillas ó tejuelas.

² Véase atrás pág. 83, n. 1.

³ *Lacayo*, el mozo de espuelas que va delante del señor cuando va á caballo. Es vocablo alemán introducido en España por la venida del rey Filipo, que antes no se había usado. (Covarrubias.)

ser tumba de un filisteo. Pues ¿su aposento? Aun arañas no había en él: conjuraba los ratones, de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba; la cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado, por no gastar las sábanas; al fin, era archipobre y protomiseria. Á poder, pues, déste vine, y en su poder estuve con Don Diego; y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo una plática corta, que por no gastar tiempo no duró más; dijonos lo que habíamos de hacer. Estuvimos ocupados en esto hasta la hora del comer; fuimos allá: comían los amos primero, y servíamos los criados. El refitorio era un aposento como un medio celemin; sustentábanse á una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré lo primero por los gatos; y como no los ví, pregunté que cómo no los había á un criado antiguo, el cual, de flaco; estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó á enternecerse, y dijo: «¿Cómo gatos? Pues ¿quién os ha dicho á vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo.»

Yo con esto me comencé á afligir, y más me asusté cuando advertí que todos los que de antes vivían en el pupilaje estaban como lesnas, con unas caras que parecían se afeitaban con diaquilón. Sentóse el licenciado Cabra y echó la bendición: comieron una comida eterna, sin principio ni fin; trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una dellas peligraba Narciso más que en la fuente. Noté con la ansia que los macilentos dedos

se echaban á nado tras un garbanzo huérfano y sólo que estaba en el suelo. Decía Cabra á cada sorbo: «cierto que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula.» Acabando de decillo, echóse su escudilla á pechos ¹, diciendo: «todo esto es salud y otro tanto ingenio.» ¡Mal ingenio te acabe! decía yo entre mí, cuando ví un mozo, medio espíritu, y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecía la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero á vueltas, y dijo el maestro: «¿nabos hay? No hay para mí perdiz que se le iguale: coman; que me huelgo de vellos comer.» Repartió á cada uno tan poco carnero, que en lo que se les pegó á las uñas y se les quedó entre los dientes pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba, y decía: «coman; que mozos son, y me huelgo de ver sus buenas ganas.» Mire vuesa merced qué buen aliño para los que bostezaban de hambre.

Acabaron de comer, y quedaron unos mendrugos en la mesa, y en el plato unos pellejos y unos huesos; y dijo el pupilero: «quede esto para los criados; que también han de comer; no lo queramos todo.» ¡Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado, decía yo; que tal amenaza has hecho á mis tripas! Echó la bendición, y dijo: «ea, demos lugar á los criados, y váyanse hasta las dos á hacer ejercicio; no les haga mal lo que han comido.» Entonces yo no

¹ «Echarse un cántaro de agua á pechos, beber con mucha sed.» (Covarrubias.)

pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojóse mucho, y díjome que aprendiese modestia, y tres ó cuatro sentencias viejas, y fuése. Sentámonos nosotros; y yo, que ví el negocio mal parado, y que mis tripas pedían justicia, como más cano y más fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugos los dos y el un ^r pellejo. Comenzaron los otros á gruñir: al ruido entró Cabra diciendo: «coman como hermanos, pues Dios les da con qué; no riñan, que para todos hay.» Volvióse al sol, y dejónos solos. Certifico á vuesa merced que había uno dellos que se llamaba Surre, vizcaíno, tan olvidado ya de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo la llevó dos veces á los ojos, y de tres no la acertaba á encaminar de las manos á la boca.

1 En estas fórmulas partitivas se suprime hoy el artículo ante el numeral.

EL P. BALTASAR GRACIÁN († 1658)

Publicó en 1650, con el nombre de Lorenzo Gracián, la primera parte de su novela filosófica *El Criticón* y en 1653 la segunda. *El Discreto*, colección de retratos morales, apareció en 1646.

Este profundo escritor, diestro conocedor de la naturaleza humana, tan gustado por los filósofos y moralistas franceses y alemanes en los siglos xvii y xviii, pertenece por su estilo á la escuela de Quevedo, de quien era gran admirador. Era, como dice Menéndez y Pelayo, «talento de estilista de primer orden, maleado por la decadencia literaria, pero, así y todo, el segundo de aquel siglo en originalidad de invenciones fantástico-alegóricas, en estro satírico, en alcance moral, en bizarría de expresiones nuevas y pintorescas, en *humorismo* profundo y de ley.....; el que quiera hacerse dueño de las inagotables riquezas de nuestra lengua tiene todavía mucho que aprender en *El Criticón*, aun después de haber leído á Quevedo.»

Es quizá el escritor más conciso de nuestra literatura. Su laconismo es casi siempre de admirar; lo profesaba como una de las principales reglas de su estilo: *lo bueno, si breve, dos veces bueno; más obran quintas esencias que farragos*; por esto sus obras brillan principalmente en la abundancia de máximas morales, animadas por un espíritu de profunda observación. Pero cayó en las exageraciones de todos los conceptistas, mirando como única fuente de belleza